

LA PRESENCIA CATALANA EN GRECIA: RELACIONES ENTRE GRIEGOS Y CATALANES SEGUN LAS FUENTES

Moschos MORFAKIDIS
Universidad de Granada

1. Los catalanes vistos por las fuentes griegas.

La repentina aparición en Bizancio de un ejército mercenario formado por gentes de procedencia tan distinta a la hasta entonces habitual y los acontecimientos que sucedieron ¹ despertarían, como es natural, la curiosidad acerca del origen de estos nuevos y peligrosos aliados. El amplio abanico de denominaciones bajo las que aparecen en las fuentes griegas, refleja un indudable interés junto a un cierta confusión a cerca de este ejército peculiar, cuyo marcado carácter multinacional no contribuía precisamente a la formación de conceptos claros sobre la identidad de sus miembros.

Posiblemente lo único claro para la opinión bizantina era el hecho de que se trataba de gentes de procedencia occidental, cristianos y sujetos —al menos en teoría— a la Iglesia Latina. A semejante concepto habría que atribuir el frecuente empleo del término *latinos* (λατίνοι) que solía designar a los europeos occidentales y que aparece en los textos bizantinos de los principales historiadores de la presencia catalana en Grecia: Paquimeres y Gregorás. Es de señalar que el

(1) La presencia de los catalanes en Grecia fue un tema ampliamente tratado por la bibliografía de la segunda mitad del s. XIX. No obstante, entre los estudios más completos y relativamente recientes habría que destacar el de Angeliki E. Laiou, *Constantinople and the Latins. The Foreign Policy of Andronicus II. 1282-1328*. Massachusetts 1972, donde se desarrollan los acontecimientos sucedidos desde 1303 a 1311, y el de Kenneth M. Setton, *Catalan domination of Athens. 1311-1388*. Massachusetts 1948, que trata el período posterior a su establecimiento en el ducado de Atenas. En ambas obras el interesado en el tema puede encontrar una amplia bibliografía.

citado término, lejos de limitarse al ámbito étnico, lingüístico o religioso, se extendía hasta abarcar la esfera cultural o el "modus vivendi" de los occidentales. En este sentido es bastante curiosa la observación de Paquimeres sobre los griegos "apóstatas" de Asia Menor, que al ingresar en las filas de la Compañía Catalana no tardaron en adoptar incluso las costumbres de los latinos, entre las que destaca el hábito de cortarse los cabellos y afeitarse la cara (libro VII, párr. XXVII).

Pero el uso del citado término por los autores griegos no conlleva, como se podía esperar, la de otro similar y tan común en el mundo griego. La generalización errónea del nombre "franco" a todo occidental, sin distinción de raza o lengua, no parece tener lugar en nuestro caso. Posiblemente, la buena información que parecen tener ambos autores bizantinos ² y la importancia que terminó cobrando la presencia de los catalanes en Grecia sean razones suficientes para pensar que quedaron perfectamente diferenciados de los latinos que llegaron a tomar parte en la historia de Grecia ³.

Pese a no poder determinar con absoluta certeza el uso que la lengua popular hizo al respecto ⁴ todo parece indicar que los catalanes fueron

(2) Paquimeres y Teódulo Mágistro fueron contemporáneos a los hechos y a la vez buenos conocedores de la política de su tiempo, lo que sucedió también con Gregorás, pese a haber vivido unos años más tarde.

(3) No obstante, no deja de llamar la atención el hecho de que los propios catalanes que formaban parte de la Compañía utilizaban, entre otros, los términos de *Universitas foelicis Francorum exercitus existens in partibus imperii Romaniae* y *Societas Francorum existens in partibus Romaniae*. (Véase A. Rubió i Lluch, *Diplomatari de L'Orient Catalá (1301-1409)* Barcelona 1947. Docs. LXX, LXXI, CIX, CXVI y CLIII).

(4) Casi la totalidad de los autores que se han referido a los catalanes procedían de la élite cultural bizantina. De cualquier forma, el nombre que ha pervivido hasta épocas recientes en la memoria del pueblo griego a través de los dichos y canciones populares, es el de "catalanes" (Véase Rubió i Lluch, A.: "La expedición y dominación de los catalanes en Oriente juzgados por los griegos". *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, IV (1887) 11-18. Las principales fuentes griegas y latinas sobre el paso de los catalanes por Grecia en el s. XIV y las ediciones que han sido utilizadas en este trabajo son: *Laónico Calcocondilas: Historiarum demonstrationes*. Edic. de E. Darcó. Budapest 1922-27. 2 vols.; *Nicéforo Gregorás: Romäische Geschichte*, I. Edic. de J. F. Van Dieten. Stuttgart, 1973; Jorge Paquimeres: *Συγγραμμικαὶ Ἱστορίαι* en *Corpus Bonnense Historiae Byzantinae*. Ed. Bekker, Bonn 1835. 2 vols.; Teódulo Mágistro: "Πρεσβευρικὸς πρὸς τὸν βασιλέα Ἀνδρόνικον τὸν Παλαιόλογον". "Περὶ τῶν ἐν τῇ ἐν Ἰταλῶν καὶ Περωῶν ἐφόδῳ γεγενημένων", en Boissonade. *Anecdota Graeca*, t. II, pp. 188-228. Hildesheim 1962; *Τὸ χρονικὸν τοῦ Μορέως*. Ed. M. Kalonaros, Atenas 1940; K. N. Σάθας, *Χρονικὸν ἀνέκδοτον τοῦ Γαλαξειδίου ἢ Ἱστορία Ἀμφίσσης, Ναυπάκτου, Γαλαξειδίου, Λοιδορικού καὶ τῶν περιχώρων ἀπὸ τῶν ἀρχαιοτάτων χρόνων μέχρι τῶν καθ' ἡμᾶς χρόνων*; Ramón Muntaner, *Crónica*. Introd. de Joan Fuster. Trad. y notas de J. F. Vidal Jové. Madrid 1970; Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*. Ed. de Angel Canellas López. 4 vols. Zaragoza 1976; *Crónica de Morea* (versión aragonesa): *Libro de los fechos e conquistas del Principado de la Morea, compilado por comandamiento de don Johan Ferrandez de Heredia, maestro del Hospital de S. Johan de Jerusalem*. Ed. Alfred Morel-Falio, Ginebra 1885. En lo que se refiere a las colecciones de documentos sobre el mismo tema, hay que destacar la obra de A. Rubió i Lluch, *Diplomatari de l'Orient Catalá*, ob. cit.

perfectamente distinguidos, en líneas generales, de los restantes pueblos occidentales. Así por lo menos nos dan a entender los dichos y canciones populares con los que la lengua popular ha recordado su paso por Grecia. Incluso la única vez que la denominación "franco" aparece en la Crónica de Galaxidion podría ser explicada por la fecha tardía de esta obra y las peculiaridades características de su cronista ⁵.

Uno de los términos más curiosos es, sin embargo, el que los autores griegos empleaban frecuentemente para designar a los miembros de la Compañía Catalana, el de *italos* (Ἰταλοί), alternando con el de *los de Italia* (οἱ ἐκ Ἰταλίας) y *los de Sicilia* (οἱ ἐκ Σικελίας), aunque en realidad el hecho pueda tener una fácil explicación. No olvidemos que la larga estancia de este ejército en tierras sicilianas para combatir contra los Anjou, primero bajo Pedro III el Grande (1276-1285) y a continuación bajo Federico II (1296-1337) hizo que se uniesen a sus filas gran número de elementos procedentes de los dominios italianos de la nueva dinastía de origen catalano-aragonés. De igual forma, Sicilia fue el punto de partida de la Compañía hacia Bizancio bajo el mando del también siciliano Roger de Flor.

Entre la gran variedad de nombres que utilizan las fuentes griegas para designar a los catalanes, algunos de ellos son especialmente llamativos por su acusado carácter clasicista que, a veces, degenera hasta límites insospechados con el uso de apelativos tomados del mundo clásico. Teófilo en ambos discursos, los llama con frecuencia Ἰταλοί οἱ ἐκ Σικελίας atendiendo a razones de procedencia, dado que en estos sitios fue la última estancia de la Compañía Catalana. Calcocondilas, utilizará entre otros el término Ἑσπέριοι (lib. I) con el que suele designar a lo largo de su obra a los habitantes de la península Ibérica en general ⁶. No obstante, este mismo autor emplea más específicamente el de *tarraconenses* (Ταρακῶνες) ⁷ lo que curiosamente hace también Eutimio en la Crónica de Galaxidion aunque sólo una vez.

Como cabía esperar, los términos *catalanes* (καταλανοί) y *almogávares* (Ἀμογάβαροι) aparecen también en los textos griegos, aunque no con la frecuencia que se podría pensar. En realidad, éstos son utilizados exclusivamente por Paquimeres y Gregorás quienes los alternan constantemente con los ya citados ⁸. Quizás se deba al deseo de los autores —Paquimeres sobre todo— de evitar la continua repetición de un mismo término a lo largo de sus

(5) No hay que olvidar que el monje Eutimio escribió su crónica a principios del siglo XIX, cuando la palabra "franco" se generalizó aún más, especialmente entre las clases populares. No obstante como veremos, el cronista utiliza también otros términos para referirse a los catalanes.

(6) Véanse Moschos Morfakidis, "La península ibérica en la obra de Calcocondilas", *Erytheia* VI (1985) 69-82.

(7) Calcocondilas toma esta palabras posiblemente como préstamo de Estrabón a quien recurre con frecuencia en búsqueda de información geográfica.

(8) En la versión griega de la Crónica de Morea aparece exclusivamente el nombre "Κατελανοί" hecho perfectamente lógico si se tiene en cuenta que su autor —probablemente un franco lingüísticamente helenizado— es un buen conocedor de la historia del Oriente Latino y, en consecuencia, de los nombres étnicos occidentales.

obras. No obstante, tampoco se puede descartar la posibilidad de que la palabra sea usada con cierto matiz peyorativo, al ser utilizada precisamente en los pasajes en los que se relata el enfrentamiento abierto entre el Imperio y la Compañía Catalana.

En lo que se refiere al término *almogávares* se advierte la confusión que surge en ambos autores cuando intentan explicar el origen del término. El hecho de que la palabra les desconcierte se puede advertir en las desafortunadas explicaciones que nos ofrecen. Así, Paquimeres, al pretender realizar un análisis etimológico nos dice que "almogávares se llaman los de esta nación que descienden de los ávaros" (Lib. V, párr. XXI). Por su parte Gregorás dice que "así llama la lengua de los latinos a la infantería en las guerras. Y por esto, también éste (Roger) les dió este nombre una vez que las había colocado en orden de batalla". (Lib. IV, cap. III, párr. I) ⁹.

En lo concerniente a la formación de la Compañía Catalana, su organización y carácter, las fuentes griegas que no se muestran muy generosas a la hora de ofrecer informaciones, sí nos dan en este caso una interesante visión. Las obras de Paquimeres y Gregorás serán las principales fuentes de información, tanto por su extensión como por los juicios que emiten sobre los temas que nos interesan. Ambos comienzan con una breve enumeración —no sin equivocaciones— de los sucesos que tuvieron lugar en Sicilia hasta la conocida Paz de Caltabellota, en 1302 ¹⁰ a raíz de la cual, la Compañía Catalana se vio prácticamente obligada a emigrar a Bizancio (Paquimeres Lib. I, cap. XII, y Gregorás, Lib. VII, cap. II, párrs. I-III). Durante este largo conflicto, según Gregorás, Roger de Flor formaría este ejército, con soldados procedentes de la "baja Iberia y de la parte más occidental de la Galia transalpina" (lib. V, cap. II, párr. I) ¹¹. Las opiniones de los bizantinos sobre este ejército están reflejadas en Gregorás, quien lo define como "cruel que disfruta continuamente en batallas navales y terrestres" (lib. VII, cap. II, párr. II), mostrando su admiración por sus virtudes marciales ampliamente constatadas en la lucha contra los turcos de Filadelfia, que "fue llevada a cabo perfectamente y con valentía" por lo que "los enemigos, viendo el ataque ordenado de los latinos y la brillantez de sus armas, y lo infrenable de su ímpetu ... se dieron a la fuga"; Paquimeres afirma, de igual forma, que se trataba de hombres que "tenían un espíritu valiente y lleno de ánimo marcial" que formaban "un ejército presuntuoso y tiránico pero con la fama de lograr los mayores éxitos" (lib. V, párr. XII).

En cuanto a su organización, costumbres y modo de vida, tampoco abundan los datos que se podrían obtener de las noticias dispersas que nos ofrecen los autores griegos. De cualquier forma, todos ellos coinciden en señalar

(9) Sobre el término "almogávar" consúltese J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, vol. I. Madrid 1976 (reimpr.) p. 156 y Jet. Pascot, *Els almogávares. L'epopeia medieval dels catalans, 1302-1388*, Barcelona 1972, p. 9-10.

(10) Sobre la expansión catalanoaragonesa en Sicilia véase J. Lalinde Abadía: *La Corona de Aragón en el Mediterráneo Medieval (1229-1479)*, Zaragoza 1979, p. 12-19 y 55-57, donde viene una orientación historiográfica sobre el tema.

(11) Al igual que otros autores de su época, Gregorás designa los Pirineos con el nombre de "Alpes", mientras que Cataluña es nombrada como "Galia Transalpina".

cómo su característica principal era la acusada crueldad, y a ella dedican amplios pasajes, describiendo con todo detalle los horrores cometidos sobre las poblaciones griegas, tanto de Asia como de Europa. Sin embargo, la excesiva insistencia con la que es tratado el hecho pueda que tenga por objeto, posiblemente, predisponer al lector contra estos "bárbaros" y a la vez justificar de antemano los acontecimientos que sucedieron, en especial, el asesinato de Roger de Flor. En cualquier caso, no se podría desde el principio en las relaciones entre griegos y catalanes. La acusaciones sobre la mala fe de unos y otros son constantes por ambas partes, sirviéndose de ejemplo —en la parte griega— las palabras de Paquimeres, quien pone el grito en el cielo al denunciar "el mal carácter de los aliados que trataban a los nuestros, no como amigos, como debía ser, sino como enemigos" (lib. V, párr. XXI).

Otro punto en el que los autores griegos basan sus reproches hacia los catalanes consiste en la gran avaricia que ellos mostraron durante la estancia en tierras bizantinas. Según los mismos, semejante defecto sería una de las principales causas de todas las desgracias que sobrevinieron al Imperio desde su llegada. Tanto Gregorás como Paquimeres señalan que esta avaricia fue la que motivó el odio de los griegos, quienes se vieron despojados de sus bienes por sus propios aliados; por la misma razón empezaría el descontento entre las tropas alanas, al comprobar que Roger de Flor les iba a pagar sueldos muy inferiores a los que repartió entre sus propios soldados (Paquimeres, Lib. V, párr. XXI). Este mismo motivo sería incluso la causa aparente del enfrentamiento entre catalanes y alanos en Filadelfia, en el que caería muerto el hijo de Girgón, jefe de los alanos (Paquimeres, lib. V, párr. XXI).

En lo referente a sus costumbres y modo de vida ¹² únicamente en Paquimeres aparece alguna referencia dispersa, como por ejemplo, la conocida costumbre de los almogávares de llevar consigo a sus concubinas en sus frecuentes y largos desplazamientos. También les llama la atención el empleo de la horca, que los catalanes tenían como medio de ejecución (lib. V, caps. XXIII-XXVI) así como las distintas torturas que solían aplicar, las que describe, en ocasiones, con demasiado detalle (lib. V, párr. XXVI).

Por el contrario, donde sí disponemos de una mayor información es, sin lugar a dudas, en lo que respecta a sus costumbres y usos militares. En líneas generales, los relatos de los dos historiadores bizantinos nos indican que se trataba de un ejército compuesto principalmente por soldados de a pie. Casi nunca se hace mención de un cuerpo de caballería, lo que intentarían subsanar posteriormente con alianzas con los turcos y turcoples, en su mayoría excelentes jinetes. Es de destacar que, según Paquimeres (lib. VII, párr. XV), las magníficas relaciones entre ambos aliados se verían enturbiadas por el hecho injusto —en la opinión de los propios turcos— de dividir el botín en partes iguales, siendo unos jinetes, y los restantes de a pie. El ejército catalán estaría compuesto, según fuentes griegas, por tropas de infantería ligera cuyas armas principales consistían en la espada, un escudo ligero —lo que les proporcionaba gran facilidad de

(12) En Jet. Pascot, *Els almogàvers*, ob. cit. p. 10-72 viene una descripción de las costumbres y organización de los almogávares.

movimiento— (Paquimeres, lib. V, párr. XXI; lib. VI, párr. XXX) junto a dardos y jabalinas ligeras (lib. VI, párr. XXX). Sin embargo, el arma de uso más frecuente y de mayor eficacia sería el arco y las flechas (Paquimeres, lib. V, párr. XXI; lib. VII, párr. XXX). En los relatos de Gregorás (lib. VII, cap. VII, párr. VI) y de Calcocondilas (lib. I, párr. X) destaca el hecho de que en la famosa batalla de Cefiso (1311) la caballería franca fue prácticamente eliminada por medio de toda clase de proyectiles que los catalanes lanzaron contra ella.

Sin embargo, las fuentes griegas indican que quizás, el punto más débil del ejército catalán fue la ineficacia que demostró en los asaltos a las fortalezas. No obstante tal ineficacia no significa que la Compañía careciese por completo de maquinaria poliorcética o de tácticas ofensiva para el asedio de fortalezas. Según Paquimeres (lib. V, párr. XXVI) Roger de Flor, en sus desesperados ataques contra los muros de Magnesia, ya utilizó "máquinas y torres de asedio" que sin embargo no fueron capaces de doblegar la feroz y hábil defensa de los asediados. Años más tarde en Tracia, Rocafort volvería a utilizar artefactos de distinta índole en los asedios de Cosmidion, Rodosto y Orestiad, aunque con idénticos resultados (Paquimeres, lib. VII, caps. XV, XIX y XXII).

No deja de tener interés la descripción de Paquimeres (lib. VII, cap. XIX) sobre una torre empleada en el asedio de Orestiad cuya estructura sencilla y ligera consistía únicamente en una escalera sobre ruedas, protegida por pieles de buey. Según las fuentes griegas parece pues, que los catalanes no consiguieron más éxitos en los largos asedios a las distintas fortalezas de Tracia, cuyos habitantes se verían obligados a rendirse tras llegar a situaciones extremas (Paquimeres, lib. VII, caps. VI, XV y XXII).

En lo referente a las restantes tácticas militares de los catalanes, los historiadores griegos destacan la habilidad y las ingeniosas estrategias utilizadas por ellos en los combates. Sus características principales consistían en el factor sorprendente, basado en peligrosísimas emboscadas e ingeniosos engaños que acababan desconcertando al enemigo. Sin lugar a dudas, la más conocida por nosotros es la utilizada en la famosa batalla de Cefiso, que tan vivamente describen Gregorás (lib. VII, cap. VII, párr. VI) y Calcocondilas, lib. I, párr. X). Recordemos que consistía en inundar la llanura regada por este río en Beocia, convirtiéndola en una trampa mortal para la pesada caballería, que al quedar inmovilizada en el barro, fue presa fácil para los catalanes.

Paquimeres narra varios episodios más, en los que se ve obligado a reconocer no sólo el valor, sino también el ingenio militar de estos aguerridos soldados que llegaron a poner en jaque al Imperio Bizantino. De entre todos, cabe destacar la batalla de Apros, en la que la inesperada derrota de Miguel IX Paleólogo dejó la práctica totalidad de la región de Tracia a merced de la Compañía. Según el relato (lib. VI, cap. XXX), los catalanes pusieron como cebo para el ejército imperial todos los caballos y animales que tenían, escondiéndose entre ellos. En efecto, tal como lo habían previsto, los enemigos rompieron sus formaciones precipitándose en desorden para apoderarse de lo que parecía una presa fácil; como es de suponer, el subsiguiente ataque ordenado de los catalanes tendría como resultado el aniquilamiento de las fuerzas bizantinas.

Un cariz aún más trágico tomó la emboscada tendida a los habitantes de

la ciudad de Bizas, que se atrevieron a salir a fin de repeler a sus asediadores. En este caso, parece ser que se trataba más bien de una táctica de los aliados turcos de la Compañía. Paquimeres (lib. VII, cap. XXX) nos ofrece una imagen aterradora de la matanza que tuvo lugar, y que dejó la ciudad prácticamente desprovista de su población masculina.

Aún más llamativo resulta el suceso ocurrido entre Rocafort y el general Marulis cerca de Apros, por el alto grado de crueldad de este personaje, del que tantas veces hace mención Paquimeres. Según su narración (lib. VII, cap. XII) el astuto caudillo catalán, fingiendo su decisión de someterse a Andrónico II, prometió traicionar a sus aliados turcos cuyas cabezas entregaría a Marulis, a cambio de una generosa recompensa. Al serle exigida cierta señal de garantía, Rocafort no dudó en enviar varias cabezas de griegos diciendo que eran de turcos. Marulis no cayó en la trampa tendida porque, según parece, una mujer reconoció la cabeza de su propio marido.

La segunda habilidad guerrera de los catalanes, de la que hablan repetidamente los autores griegos, es la referente a la piratería que ellos practicaron con tanto éxito durante varios años, en aguas del Imperio Bizantino. Tanto Paquimeres como Gregorás no dejan de hablar de esta funesta actividad que acabaría arrasando la práctica totalidad de las costas del mar de Mármara. La situación llegaría a tales extremos que incluso los propios genoveses —los únicos capaces de hacerles frente en este campo— se verían obligados a pedir la paz, aunque con esto arriesgasen sus excelentes relaciones con los bizantinos, con tal de salvar su ya dañado comercio en el Egeo y en el mar Negro (Paquimeres, lib. VII, cap. XXVII). Varios siglos más tarde, el monje Eutimio recordaría tales acontecimientos calificando a los catalanes que se apoderaron del Ducado de Atenas como "corsarios y piratas" (*Crónica de Galaxeidion*, p. 205). Por último, hay que insistir una vez más en la admiración que tuvieron que sentir los griegos por la valentía que los catalanes y almogávares mostraron en todo momento desde su llegada al imperio. En repetidas ocasiones se ve obligado Paquimeres a mostrar su sorpresa por la fiereza de estos soldados siendo tal vez el caso más significativo el sucedido en Adrianópolis. En esta ciudad, los prisioneros catalanes que formaban la escolta del asesinado Roger de Flor, tras conocer la derrota de las tropas de Miguel IX no dudaron en rebelarse pese a su reducido número. Pero dejemos que nos relate lo ocurrido el propio historiador bizantino: "... los catalanes presos en Adrianópolis, unos sesenta en número ... rompiendo sus ataduras, al no poder salir de la torre donde estaban, se subieron en su parte superior, y desde allí arrojaban piedras defendiéndose... Pero todo fue inútil... por lo que algunos, rehuyendo el combate se entregaron, mientras que los restantes seguían combatiendo... Finalmente, los habitantes, trayendo toda clase de leña, encendieron fuego para quemar la torre junto a los que estaban dentro. Y aunque el fuego se acrecentaba ni siquiera por un momento perdieron su espíritu valeroso, sino que tras cubrirse con ropas, se lanzaron contra el fuego para apagarlo, y más tarde, al acrecentarse éste, se arrojaron a él por su propia voluntad perdonándose mutuamente mediante un beso y haciendo la señal de la cruz. Y dos de éstos, hermanos de sangre y de corazón, abrazándose con fuerza, se arrojaron de la torre, muriendo a consecuencia de la caída. Y a un joven que se

encontraba entre ellos que vacilaba por temor, prefiriendo más bien vivir que suicidarse, le arrojaron sin vacilar al fuego, creyendo que así le salvaban de la muerte" (lib. VI, párr. XXXIII).

En lo referente a los distintos caudillos de la Compañía Catalana, la atención de los autores griegos se centra principalmente en el mítico personaje de Roger de Flor. Paquimeres (lib. V, párr. XII) nos cuenta que era "hombre joven de edad, de aspecto terrible, rápido en decidir y apasionado en su forma de actuar". Destaca también su carácter fácilmente irritable, hecho que sería la causa de numerosos problemas en el futuro (lib. V, párrs. XXI, XXIV, XXVI y XXXI). La crueldad mostrada por él y sus soldados, no dejará de ser objeto de reproche en ambos historiadores, llegando Paquimeres a calificarlo de "bárbaro", injusto" y "orgullosos". Sin embargo sería la extrema insolencia que siempre le caracterizó —especialmente cuando se trataba de personas imperiales— lo que más irritaba al respetuoso historiador bizantino. Le resultaba realmente inconcebible el comportamiento tan arrogante y despectivo hacia la venerable figura del emperador, de un súbdito que por si fuera poco era de origen latino. Sin embargo, no puede dejar de reconocer su valía elogiando sus virtudes militares, aunque después de su muerte. (lib. VI, párr. XXVI). Gregorás por su parte, coincidiendo con Paquimeres, destaca sobre todo su extrema avaricia que le conduciría finalmente a la muerte. De cualquier forma, muestra también su admiración por la efectividad mostrada por él y por su ejército (lib. VII, cap. III, párr. III).

Pese al hecho de que los historiadores griegos, centran su atención principalmente en la figura de Roger de Flor, no dejar de referirse sin embargo, a otros jefes catalanes que llegaron a desempeñar un papel importante en el escenario político-militar del Imperio Bizantino durante la estancia de la Compañía en sus territorios. Pero como es natural, la importancia que les conceden las fuentes griegas dista muchos del interés especial que dedican a ellos los cronistas occidentales, especialmente los catalanoaragoneses. Para los bizantinos, sus hazañas y vicisitudes no presentan ningún interés si no afectan directamente a los intereses del Imperio. En consecuencia, las referencias a ellos se limitan estrictamente a lo necesario o a lo sumo, a tratar ciertos aspectos llamativos de algunos personajes.

Sin lugar a dudas, junto a Roger de Flor, el personaje más importante es el conocido Berenguer de la Entenza, cuya actividad es tratada con cierto detalle por los historiadores griegos. Paquimeres desde el primer momento de su repentina aparición en el escenario de la vida pública bizantina, muestra su sorpresa y disgusto señalando en repetidas ocasiones el hecho de no haber sido invitado por Andrónico II (lib. VI, párr. IV). Evidentemente intuye el peligro que podría significar su presencia para el propio Imperio, no tanto por los efectivos militares que traía consigo, sino por su estrecha relación con las monarquías catalano-aragonesas de la Corona de Aragón y del Reino de Sicilia¹³.

(13) Una serie de documentos de la época nos informan de los estrechos contactos entre Jaime II y Berenguer de la Entenza. En ellos se advierte que este último era, en realidad, un agente del monarca aragonés con la misión de informarle sobre los acontecimientos y controlar, si le era posible, la situación en provecho de su soberano. (Véase A. Rubió i Lluch,

La escasa simpatía del historiador bizantino hacia Berenguer se puede observar a lo largo de su obra, donde se expone con todo detalle su incorrecta actitud que contrasta vivamente con la confianza demostrada por Andrónico. Sus constantes agravios no dejan de parecerle intolerables por lo que, en contra de su costumbre, acaba adoptando una actitud crítica frente a su soberano que acepta aguantarlos con la esperanza de ganárselo finalmente (lib. V, párr. XV).

En lo que respecta al personaje de Rocafort, se hace manifiesto que tanto Paquimeres como Gregorás le prestarían atención únicamente cuando ya se había convertido en el protagonista de los acontecimientos. De modo que Gregorás (lib. VII, cap. IV, párr. X) menciona sin más comentarios su enfrentamiento con los restantes jefes de la Compañía, que se negaban a aceptarle como caudillo a causa del escaso lustre de su linaje. Paquimeres habla de él más extensamente, destacando sobre todo su gran ambición y extremada crueldad. En algunos pasajes le considera como un auténtico bárbaro, temible y obstinado, que debió de infundir verdadero terror en las poblaciones bizantinas de Tracia (lib. VII, párr. XXII). Sin embargo, parece también admirar su espíritu combativo y, en alguna ocasión, le presenta como hombre digno de fiar en sus juramentos (lib. V, párr. XXII).

De los restantes caudillos que desempeñaron un papel de importancia en la historia de la Compañía Catalana en Grecia, el único que merece la atención de los historiadores bizantinos, es Ferrando Ximenez. Al parecer se trataba del personaje que más simpatías gozaba entre los bizantinos, no sólo por conseguir atraer a sus tropas a un número considerable de griegos apóstatas procedentes de Asia Menor. Según Paquimeres, Andrónico II, fijándose en su valía y siguiendo la política de dividir a la Compañía, no tardaría en intentar atraerle a su servicio mediante tentadoras promesas. Aunque en un principio sus propósitos naufragaron por la repentina aparición del infante Ferrán de Mallorca (lib. VII, párr. XXX), más tarde se verían realizados por la propia iniciativa del noble catalán, quien huyendo de sus propios compañeros hubo de refugiarse entre los bizantinos (Gregorás lib. VII, cap. IV, párr. X; Paquimeres, Lib. VII, párr. XXXVI). Según Gregorás, Berenguer de la Entenza tendría una brillante carrera en Bizancio donde llegaría a ostentar el título de gran duque e incluso a casarse con la sobrina de Andrónico, Teodora.

2. Los griegos vistos por las fuentes catalanas.

Se puede decir que en las fuentes catalanas apenas cabe encontrar un solo elogio para los griegos; en general, todo son reproches encaminados a explicar el por qué de la actuación catalana en Grecia y a justificar su enfrentamiento con los bizantinos. La principal acusación que los catalanes suelen achacar a los griegos es la de su *traición*, que daría pie a una serie de acciones que recibirían posteriormente el nombre de *la venganza catalana*¹⁴

Diplomatari..., docs. IX, X, XI, XIX, XX, XXI y XXIV).

14) En torno al enfrentamiento de la Compañía Catalana con los bizantinos ha surgido una amplia producción literaria en el campo de la poesía y de la novela histórica, desarrollada principalmente en el área hispana. Su objetivo principal, es la narración de sus *terras* en el Oriente bizantino buscando su justificación en el asesinato de Roger de Flor.

Como es de sobra conocido esta tradición tuvo como resultado el trágico fin de Roger de Flor y de sus compañeros en Adrianópolis, en la propia casa de Miguel IX Paleólogo. Otro de los principales defectos que veían los catalanes en los griegos era la *cobardía* que tanto Muntaner como Zurita describen pomposamente atribuyendo precisamente a esta razón la imposibilidad griega para hacer frente al peligro turco, aún disponiendo, en algunas ocasiones, de un ejército mayor que sus enemigos. Dice textualmente Muntaner:

"Ved qué clase de gente son los griegos y por qué Dios los tenía aborrecidos que xor Miqueli, hijo mar del emperador pasó el Atarquí con más de doce mil hombre a caballo y con cien mil hombre de a pie, y no se atrevió a combatir con los turcos y hubo de volverse muy avergonzado" (cap. 203).

Por su parte Zurita culpa a los príncipes griegos y a los nobles, quienes califica de "gente tan efeminada (sic) y sujeta a sus torpezas y vicios que dejaban del todo el ejercicio de las armas y huían de la guerra, y estaban tan descuidados de la cosas militares que no atendían al remedio de la destrucción que padecían" (*Anales*, lib. III, párr. VI); y en otro momento les llama "pérfidos y livianísimos, envidiosos y en demasía soberbios", a la vez que califica a su pueblo de "nación vil y abatida" (*Anales*, lib. VI, párr. III).

Muntaner afirma que todos los males que padecen los griegos se deben a los pecados que cometieron: "... pero sobre los griegos ha mandado Dios tal peste que cualquiera podría confundirles; y esto ocurre con dos pecados señalados que reinan entre ellos, eso es: el uno que son la gente más orgullosa del mundo, que no hay gente en el mundo a quienes ellos aprecien en nada, sino a sí mismos, y no valen para nada; por otro lado, que no hay nadie en el mundo que sienta menos caridad hacia su prójimo..." (cap. 203).

En ocasiones, las distintas mentalidades y modos de vida hacen que Muntaner no pueda comprender ciertas actitudes suyas, como por ejemplo, la de querer proteger una villa aún a costa de romper su estrategia militar (cap. 221). Otro de los hechos que llama la atención en su relato es el uso que hacen los catalanes de espías griegos que acepta tal condición a cambio de dinero (cap. 220-221). El desconocimiento del cronista catalán respecto a la sociedad bizantina se hace más acusado cuando intenta explicar ciertas instituciones políticas, queriendo resaltar a la vez a sus personajes preferidos. Como ejemplo, veamos cuáles son sus ingenuas explicaciones sobre el título de César, que Roger de Flor recibió de Andrónico II:

"En cuanto se hubo hecho esto, el emperador, delante de todos, hizo que se sentara cerca de él al hermano Roger, y le dió la vara, y el capelo, y la bandera y el sello del imperio, y lo vistió con las ropas que correspondían al oficio y le hizo César del imperio.

César es un cargo tal que se sienta en un silla que está junto a la del emperador y sólo es medio palmo más baja. Y puede hacer en el imperio lo mismo que el emperador; puede conceder bienes a perpetuidad y puede meter mano en el tesoro, y puede ordenar recaudaciones, y colgar y hacer arrastrar, y, en fin, todo cuanto puede hacer el emperador puede hacerlo él. Y además, firma: «César de nuestro imperio», y el emperador le escribe llamándole «César de tu imperio». ¿Qué os diré? Que de emperador a César no hay más diferencia que la

silla es medio palmo más baja que la del emperador, y el emperador lleva el capelo encarnado y todas sus ropas encarnadas, y el César lleva el capelo azul y todas sus ropas son azules con un friso estrecho de oro" (cap. 212).

En lo que respecta a las diferencias religiosas, Muntaner parece que no les concede importancia, incluso afirma que si han ido hasta allí era para defender a los cristianos de los infieles aunque su recompensa fue la traición. Solo en ocasiones, cuando considera oportuno recurre a la cuestión religiosa para salvar ciertas situaciones embarazosas. Este es el caso del ataque que sufrieron los escasos defensores catalanes de Gallípolis por el genovés Antonio Spínola, a quien Muntaner, intentando hacerle desistir de su empresa nos cuenta que:

"... le requería en nombre de Dios y de la santa fé católica (para cuya exaltación habíamos venido a Romania) y que cesara en tales desafíos y que además, le requería de parte del padre santo apostólico «de quien nos tenemos la bandera» contra el emperador y sus gentes, y que eran cismáticos y que a gran traición habían matado a nuestros jefes y a nuestros hermanos, siendo así que nosotros habíamos venido a servirles contra los infieles" (cap. 227).

Por supuesto, tales argumentos no pueden ser considerados más que de ingenuos, dado que es de sobra conocido que quizás la causa fundamental de su llegada al Imperio Bizantino consistía en evitar precisamente las posibles represalias de la Santa Sede, la que terminaría por calificarlos como "enemigos de la fe católica", llegando incluso a excomulgarlos¹⁵.

Por el contrario, para Zurita la cuestión religiosa indudablemente constituía un elemento importante¹⁶ por lo que no cesa de acusar a los griegos de "cismáticos y enemigos de la Iglesia católica, cuyos errores y corruptelas pervirtieron y contaminaron al resto de los cristianos de las regiones orientales" (*Anales*, lib. VI, párr. 1). Se espanta de la pervisión de la fe, ya que "los príncipes griegos casados con católicas no querían consumir el matrimonio hasta que ellas confesasen sus errores" (*Anales*, III, párr. 12). Para él, fue el olvido de la fe la causa "de la pérdida de las fuerzas y del poder que tenían con que solían resistir a los turcos y a los enemigos de Oriente y Occidente" (*Anales*, VI, párr. 1).

Como era de suponer, son pésimas las opiniones respecto a los personajes de Andrónico II y Miguel IX. Para Muntaner y Zurita, Andrónico sería *cruel, traidor e ingrato* (Muntaner, cap. 216-17), *mentiroso e impostor* (Muntaner, cap. 210) por el supuesto dinero devaluado con el que quiso pagar sus servicios; Zurita lo califica de *blasfemo y sacrílego* porque juró que "no reconocería a la Iglesia romana; antes perseguiría a los que la obedecían y no desampararía jamás a la Iglesia griega y tenía por excomulgado a su padre"

(15) Ver K. Setton, *Los catalanes en Grecia*, Barcelona 1975, p. 27 y nota 78. También Rubió i Lluch, A., *Diplomatari...*, docs. LVI, CLVIII.

(16) Recuérdese la posición de Zurita como secretario del Consejo de la Inquisición que condicionaría sus juicios sobre los bizantinos y el mundo griego, en general. A lo largo de su obra muestra especial recelo contra los Paleólogos y especialmente contra Andrónico II a quien considera como hereje por haber renunciado a los acuerdos de su padre sobre la Unión de las Iglesias.

(Anales, III, 12). En líneas generales observamos que la persona imperial se desvela en ambos escritores como mezquino y peligroso. En cambio, el coemperador Miguel IX, aunque también recibe reproches tales como traidor, desleal, cruel, malvado y envidioso, le son reconocidos por Muntaner ciertos valores al calificarle de "muy buen caballero a quien nada el faltaba a parte de la lealtad" (cap. 221).

3. Relaciones de los catalanes con la población griega.

Las relaciones entre la población griega y los catalanes se convirtieron en un serio problema, casi desde los primeros meses de la estancia de la Compañía en tierras bizantinas. Los autores griegos comienzan a protestar del comportamiento de los catalanes desde su llegada a Cízico donde pasarían el primer invierno de su estancia en Bizancio. Gregorás (lib. VII, cap. III, p. ii) relata lo que allí ocurrió con palabras llenas de dramatismo: "... qué decir sobre todos los males que causaron una vez allí contra los griegos refugiados en los pueblos de la costa de Asia. En efecto, a hombres, mujeres y niños los trataba no mejor que a esclavos, y a los que estaban como indígenas, a todos maltrataron desvergonzadamente, y recogieron, como es lógico, muchas maldiciones en el camino lanzadas desde lo más profundo del alma, maldiciones de aquellos desgraciados a quienes ultrajaban, que iban envueltas en las muchas lágrimas que derramaban. Esto es lo que se llevó a cabo durante el primer año".

Paquimeres, continuando en la misma tónica, comienza diciendo (lib. V, párr. XIV): "Y estando allí (en Cízico), cometieron muchas cosas malas, arrebatando bienes e impuestos, atacando a las mujeres de los habitantes y dominándoles como a esclavos en venta". Según él mismo, la situación en el interior de la ciudad llegó a extremos inimaginables, ya que ésta "se convirtió en una nueva prisión para los del país que huían de los enemigos. Pasaré por alto las mutilaciones de cuerpos, asesinatos y montones de crímenes que los encargados de la defensa de la ciudad imponían, con toda crueldad, a los pobres refugiados entre los muros".

Incluso Teódulo Mágistro en sus discursos, protestando de las barbaridades que éstos cometieron en Tracia, Macedonia y Tesalia, deja entender que ésta habían comenzado desde el momento justo de su llegada.

Por otra parte, tanto Muntaner como Zurita y Mónica intentan por todos los medios, justificar tales acontecimientos o incluso niegan que ocurrieran alegando que se trataba de calumnias. Citaremos únicamente un fragmento de la Crónica de Muntaner referente a las relaciones de griegos y catalanes en Cízico, donde nos expone el trato fraternal que dieron los componentes de la Compañía a la población local durante este primer invierno:

"... cuando nosotros estábamos en Constantinopla, la gente que huía de Anatolia perseguidos por los turcos gritaban «¡hambre!» y pedían pan por el amor de Dios, y se acostaban en los estercoleros, y no había ningún griego que quisiera darles nada, y en cambio, habían gran mercado de toda clase de víveres; y los almogávares, movidos por la compasión, se partían con ellos la comida, y por esta caridad que hacía nuestra gente, allí donde iban de campaña, más de dos mil pobres griegos que los turcos habían arruinado les iban detrás, y todos vivían

con nosotros. Con esto podréis comprender por qué Dios ha descargado su ira contra los griegos, pues, como dice el ejemplo del sabio, «cuando Dios quiere mal a un hombre, la primera cosa con que le castiga es quitándole el conocimiento» y así tienen tanto la ira de Dios encima, que ellos, que nada valen, se figuran que valen más que toda la gente del mundo, y asimismo, como no tienen caridad para con el prójimo, parece que Dios les ha quitado a todos el entendimiento" (cap. 203).

Más adelante, contestando quizás a las acusaciones griegas sobre los perjuicios que causaron a la población de Cízico, nos da el mismo cronista su propia versión de los hechos. Según ésta, los catalanes estaban obligados a pagar todos y cada uno de los gastos que ocasionaron durante su estancia en las casas que les hospedaron. Sin embargo, concluye diciendo que el propio Roger de Flor fue quien, finalmente se hizo cargo de todas sus deudas para ganar de este modo su agradecimiento: "El megaduque preguntó si todo el mundo había pasado cuentas con su huésped, y le dijeron que sí. Respecto a esto, hizo llamar a todo el mundo para que el día siguiente estuviesen en una plaza que había delante de donde el megaduque posaba, y que cada una trajese el albalá de lo que debía, y que las cuentas estuviesen hechas y ordenadas por los doce hombres, y que se hicieran dos albaes partidos por a.b.c., y que tuviese uno el huésped y otro el soldado, y aquellos albaes estaban sellados con el sello del megaduque" (cap.204).

Los malos tratos que daban los catalanes a la población griega continuaron durante el tiempo de la campaña en Asia. Paquimeres nos narra los castigos que impuso Roger de Flor a los griegos que incumplían el deber de defender las fortalezas que les eran asignadas: "El que más dinero entregaba a duras penas se salvaba después de muchas penalidades. Y lo mismo ocurrió en las islas de Quos, Lemnos y Mytilene. Allí donde había ruido de monedas de oro, ya fuera monje, ya perteneciente a orden sagrada, ya fuera de los amigos y conocidos del emperador, era colgado y registrado cruelmente y, con la amenaza de muerte por cuchillo de carnicero o espada ante sus ojos, sacaba inmediatamente lo que tenía escondido en las entrañas de la tierra y lo entregaba. Así pues, el que daba era liberado gracias al dinero y el que no lo tenía, recibía la muerte como castigo" (lib. V, párr. XXVI). Gregorás es aún más dramático que Paquimeres al narrar los acontecimientos: "... y los latinos siguiendo al César Rogerio, llegaron a las restantes ciudades míseras de los griegos y volvieron su ímpetu guerrero de una manera vergonzosa contra los que le habían llamado; poniendo como excusa que no recibían del gobierno real la prometida paga anual, y que era necesario, antes de que el hambre les consumiera, destruir ellos a los que les llamaron que no cumplían sus promesas. Había que ver arrebatados por completo no sólo los bienes de los sufridos griegos, las hijas y las mujeres deshonradas, los viejos y sacerdotes llevados atados y soportando todos los castigos que la malévola mano de los latinos inventaba, siempre nuevos, contra los míseros; sino que frecuentemente veían el hacha desuda sobre su cuello, como para morir en el acto, si no revelasen los tesoros de dinero. Y unos, descubriendo todo su dinero, se marchaban más desnudos que un pestillo y los que no tenían con qué rescatarse a sí mismos ofrecían un espectáculo lamentable por las calles, privados unos de las extremidades del cuerpo, y otros de otras buscando que

alguien les ofreciera un mendrugo de pan o una limosna, dado que no les quedaba ningún otro tipo de recurso para vivir más que el de su lengua y sus fuentes de lágrimas" (lib. VII, cap. III, párr. IV).

Durante la estancia de la Compañía en Tracia surgirá un nuevo problema, esta vez de tipo económico: los catalanes, por una parte, piden que se les sigan pagando los sueldos, mientras que Andrónico, por otra, se ve imposibilitado para hacerlo o para obligarles a que se marchen: "... no era fácil castigarlos por sus injurias dado que una gran pobreza ponía en ridículo a los ejércitos reales", se lamenta Gregorás (lib. VII, cap. III, párr. V) y continúa diciendo en el párrafo siguiente que "... desde que vinieron, el gasto de dinero... a tal avaricia llegó que en poco tiempo vació el tesoro real". Andrónico intentó dar una solución al problema mediante el pago con dinero adulterado, lo cual agravó más aún las ya mermadas relaciones entre emperador y sus mercenarios: "mandó batir —según Muntaner— moneda en forma de ducado veneciano, que vale ocho dineros barceloneses; y él los hizo y los llamó «basilios» y no valían ni tres dineros y quiso que circularan al precio de los que valían ocho dineros; y mandaba que quien tomase de los griegos caballo, o mulo o mula o víveres u otras cosas, que los pagase con aquella moneda. Y esto lo hacía él para mal, y para que entrase odio y mala voluntad entre el pueblo y la huéste, pues en cuanto él hubo logrado lo que se proponía en todas sus guerras, quisiera que todos los francos estuvieran todos muertos o fuera del imperio" (cap. 210).

El malestar creado entre los catalanes desembocó en una situación tan extrema que según Gregorás: "... al emperador no le pareció soportable en absoluto ver que la tierra de los griegos era mucho peor tratada (por los catalanes) que por los turcos, y el mismo tiempo incitaba a Dios en contra de los invitados del extranjero" (lib. VII, cap. III, párr. V). Los sucesivos acontecimientos culminarían con la muerte de Roger de Flor en Andrianópolis por orden de Miguel IX, aunque Paquimeres se esfuere en disimular los hechos diciendo que fue iniciativa de Girgón, jefe de los mercenarios alanos como venganza por la muerte de su hijo a manos de catalanes (lib. VI, párr. XXIV).

Lo que siguió a este hecho nos es de sobra conocido; es decir, que los catalanes al comprobar la incapacidad de los bizantinos para hacerles frente, se dedicaron durante varios años a saquear la rica región de Tracia sin que nadie pudiera hacerles frente: "... y habiendo vivido cinco años del renadío, y al mismo tiempo, habíamos despoblado aquella región en diez jornadas a nuestro alrededor, de manera que habíamos acabado con la gente y ya nada se cosechaba, de manera que era conveniente que a la fuerza desalojáramos aquel país ... y se acordó que yo quemase y destruyera el castillo de Gallópolis, y el castillo de Madito y todos cuantos lugares teníamos" (cap. 231). Estas palabras de Muntaner nos pueden dar una buena idea de la magnitud de la destrucción que soportó aquella región bizantina.

La decisión de la Compañía de abandonar aquel lugar, dada la falta de víveres llevó a los catalanes —ya bajo la dirección de Rocafort— hasta las proximidades de Tesalónica, en la provincia calcidia de Casandra. Aquí seguirán saqueando todo lo que se encuentran a su alrededor sin respetar ni a la comunidad religiosa del Monte Athos, cuyas desgracias nos relata con pomposidad Teódulo

Mágitro (περὶ τῶν ἐν τῇ Ἰταλῶν ...). Hay que agradecer la intervención del propio Jaime II de Aragón quien quizás a instancias de los monjes, tomará parte en el asunto como se puede ver en una carta suya en la que se prohíbe a los catalanes molestar en el futuro a la comunidad del Monte Santo¹⁷. Tras el infructuoso intento de tomar Tesalónica, la Compañía continuó su marcha hacia Tesalia destruyendo todo lo que encontró en su camino, según palabras de Teódulo: "... nada pues, quedó libre de la invasión ... ni monte ni llanura, ni barranco, ni acantilado, ni laderas, ni praderas, ni ratas... todo perecía, todo se saqueaba, todo estaba lleno de muertos y de cadáveres, y los riachuelos de sangre... iban hacia todos lados y llevaban a los hombres al mar para ser pasto de los peces, unos estando semimuertos y otros muertos desde hacía mucho... así pues les era horrible la visión a los espectadores y producía asco... ya que les faltaban las extremidades, a unos la cabeza, a otros las manos, a otros los pies, y había algunos que creo que les faltaban todas".

A partir de este momento, para los historiadores bizantinos dejan de tener tanta importancia las andanzas de la Compañía Catalana por Grecia, dado su alejamiento del imperio y su irrupción en la historia del mundo latino de la Grecia medieval. En efecto, como sabemos, la conquista del ducado franco de Atenas por los catalanes y la posterior anexión del ducado de Neopatria, perpetuaría su permanencia en tierras de la Hélade hasta los últimos decenios del siglo XIV. Sin embargo, el interesante capítulo de sus relaciones con la población griega en los territorios conquistados, constituye un campo escasamente estudiado que no puede entrar en el objeto de este trabajo. No obstante aprovechamos para asumir las afirmaciones del historiador catalán A. Rubió y Lluch de que la condición social de los conquistados, en especial de los últimos decenios de su dominio, tuvo que experimentar una sensible mejoría, en comparación con el anterior dominio franco.

(17) A. Rubió i Lluch, *Diplomatari...*, doc. XL. Para más información sobre los ataques de los catalanes a la comunidad religiosa del Monte Athos véase: Σπ. Λάμπρος, "Τὸ Ἅγιον Ὄρος καὶ οἱ Καταλώνιοι" *Νέος Ἑλληνομνήμων*, 6 (1909) 319-321.